

rad sobre mí, yo os diré hasta qué punto acertáis.» Se burla de su jerga, le insulta con mordaz ironía. «Señores, este procurador se ha tragado, por lo visto, alguna receta de médico ó alguna fórmula de boticario, y ahora devuelve las palabrotas indigestas, como el halcón las piedras que solemos darle por medicina. La verdad es que, al lado de su latín, esto es bajo bretón.» Después, en lo más recio de las maldiciones de los jueces: «Al grano; dejémonos de frases; ni eso; ni gracia tampoco. Probad que soy culpable, arrancad mi cabeza del tronco; nos separaremos como buenos amigos; pero yo, señor, desdeño deber mi vida á vuestra piedad ni á la de nadie... En cuanto á vuestras palabras aparatosas, no son más que diablos pintados con que podéis asustar á los niños; yo pasé ya de la edad de esos vanos terrores. Por lo que hace á los nombres de prostituta y homicida, proceden de vosotros, y el que escupe contra el viento se escupe á sí mismo (1).» Oponiendo argumento á argumento, tiene un quite para cada golpe, un quite y una respuesta. «Me habéis empobrecido ya, y aún queréis perderme. Tengo casas, alhajas y unos cuantos ducados; con eso, sin duda, podréis ser caritativos...» Luego, con voz estridente: «A la verdad, señor, haríais bien en disparar vuestras pistolas contra las moscas: sería más noble.» Se la condena á reclusión en una casa de arrepentidas. «¿Una casa de arrepentidas? ¿Qué es eso?—Una casa de prostitutas arrepentidas.—¿Es que la han edificado los nobles de Roma para sus mujeres, y por eso se me envía allí?» Lanza el sarcasmo derecho como una estocada, y tras él otro, y después gritos y execraciones. No se doblegará, no llorará. Sale ergui-

(1) *The White Devil*, pág. 22, edic. Dyce.

da y más altanera cada vez: «¿Una casa de arrepentidas? No, no será una casa de arrepentidas. Mi conciencia la hará más honrada para mí que el palacio del Papa, y más tranquila que tu alma, aunque seas cardenal (1).»—Contra su amante furioso, que la acusa de infiel, es tan valiente como contra sus jueces: le arroja á la cara la muerte de su mujer, y le obliga á pedir perdón y á casarse con ella. Representará la comedia hasta lo último ante el cañón de la pistola, con un descaro y un valor de cortesana y de emperatriz (2). Cogida en el lazo finalmente, se mostrará ante el puñal no menos valerosa y aún más insultante. «No temo nada; recibiré la muerte como recibe un príncipe á los grandes embajadores. Andaré la mitad del camino para ir al encuentro de tu arma... Acabas de hacer una hombrada. La próxima será degollar un niño de pecho; y entonces serás célebre (3).» Cuando una mujer se despoja de su sexo, sus actos van más allá que los del hombre, y no hay ya nada que no sepa sufrir ó arrostrar.

## VII

Al lado de esta legión trágica de rostros imponentes, de frentes de bronce, de actitudes guerreras, hay un coro de figuras suaves y tímidas, tiernas por antonomasia, las más encantadoras y dignas de amor que el hombre ha podido imaginar; nos las ofrece Shakspeare en *Miranda*, *Julieta*, *Desdémona*, *Virginia*, *Ofelia*,

(1) *Ibidem*.

(2) Compárese con Mme. Marneffe, de Balzac.

(3) Última escena.

Cordelia é Imógenes; pero abundan también en los demás; y es tan característico de esta raza haberlas producido como lo es de su teatro el representarlas. Por singular coincidencia, aquí las mujeres son más mujeres y los hombres más hombres que en otras partes. Las dos naturalezas propenden á los extremos respectivos: una, á la audacia, al arrojo y la resistencia, al carácter guerrero, imperioso y rudo; la otra, á la dulzura, á la abnegación, á la paciencia, al afecto inagotable (1). Cosa desconocida en los países latinos, sobre todo en Francia: aquí la mujer se entrega sin volver á recuperarse á sí misma, y cifra su gloria y su deber en obedecer, en perdonar, en adorar, sin desear ni pretender otra cosa que fundirse más cada día con el hombre que voluntariamente y para siempre ha elegido (2). Ese instinto, un antiguo instinto germánico, es el que estos grandes pintores del instinto ponen aquí de relieve. *Pentea* y *Dorotea*, en *Ford* y *Greene*; *Isabel* y la duquesa de *Amalfi*, en *Webster*; *Bianca*, *Ordelia*, *Aretusa*, *Juliana*, *Eufrasia*, *Amoret* y otras más, en *Beaumont* y *Fletcher*: hay una multitud que, entre las más duras pruebas y las más fuertes tentaciones, manifiestan ese admirable poder de abandono y de sacrificio.

(1) De ahí la ventura y la solidez de su matrimonio. En Francia el matrimonio no es más que una asociación de *dos camaradas*, casi semejantes y casi iguales, lo cual produce las tiranteces y las rencillas sempiternas.

(2) Véase la pintura de este carácter en toda la literatura inglesa y alemana. El más grande de los observadores, *Stendhal*, completamente impregnado de las costumbres y de las ideas italianas y francesas, se asombra á la vista de tal espectáculo. No comprende esa especie de rendimiento, «esa servidumbre que, bajo el nombre de deber, imponen á sus mujeres los maridos ingleses». Son «costumbres de serrallo». Véase también *Corinne*.

El alma en esta raza es primitiva y seria juntamente. El candor subsiste en la mujer más tiempo que en otras partes. Tardan más en perder el respeto; tardan más en pesar los valores y los caracteres; son menos prontas para adivinar el mal y medir á sus maridos. Hoy aún no falta gran señora, acostumbrada á las recepciones, que se sonroje en presencia de un desconocido y se turbe como una niña. No tienen la lucidez y el atrevimiento de ideas, el aplomo de conducta, la precocidad que, entre nosotros, hace de una muchacha en seis meses una mujer de intriga y una reina de salón (1). La vida retirada y la obediencia les son más fáciles. Al par que más dóciles y más sedentarias, son más concentradas, más inclinadas á seguir con los ojos el noble ensueño que se llama deber, y que apenas surge en el hombre sino á favor del silencio de los sentidos. No se hallan bajo la tentación de los voluptuosos efluvios que el clima, el cielo y el espectáculo de todas las cosas exhalan en los países meridionales, de esos suaves efluvios que funden las resistencias, que llevan á considerar la privación como un engaño y la virtud como una teoría. Ellas pueden satisfacerse con sensaciones mates, pueden pasarse sin excitaciones, soportar el tedio, y, en medio de esa monotonía de la vida metódica, replegarse sobre sí mismas, obedecer á una idea pura, consagrar todas las fuerzas de su corazón al mantenimiento de su nobleza moral. Escudadas así en la inocencia y la conciencia, se las ve llevar al amor un sentimiento profundo y honrado, deponer la coquetería, la variedad y los artificios, no mentir, no usar zalamerías.

(1) Véase en contraste todas las mujeres de *Molière*, tan francesas, la misma *Inés* y *Luisita*.

Cuando aman, no saborean un fruto prohibido: empeñan su vida entera. El amor, concebido así, se hace una cosa casi santa: el espectador no piensa ya en bromas y malicias; ellas se preocupan, no de su felicidad, sino de la felicidad del ser amado; buscan el sacrificio, no el placer. «Me llamaron apresuradamente para hablaros (dice Eufrasia á Filaster, refiriéndole su historia). Jamás hubo hombre, elevado de repente desde una choza hasta el trono, que se mirase tan alto en pensamiento como yo. Después depositasteis un beso en estos labios, que ahora no tocarán ya nunca á los vuestros. Os oí hablar; vuestra voz era muy superior á un canto. Cuando os fuisteis, penetré en mi corazón para escudriñar lo que así le turbaba. ¡Ay! vi que era el amor. Pero no el amor de los sentidos: pues sólo con que hubiese podido vivir en vuestra presencia, se hubieran colmado mis deseos (1). Se ha disfrazado de paje, le ha seguido, ha sido su criada (2); y ¿qué mayor felicidad para una mujer que servir de rodillas al hombre á quien ama? Ha consentido que él la maltrate, la amenace de muerte, la hiera. «¡Bendita la mano que me ha herido!» Haga él lo que quiera de aquel corazón, de aquellos labios pálidos no pueden salir más que palabras de cariño y adoración. Más aún: carga sobre sí un crimen de que le acusan á él; impugna sus declaraciones; quiere morir en su lugar. En fin, le sirve cerca de la princesa Aretusa, á quien él ama, justifica á su rival, contribuye á su casamiento, y, por todo favor, pide servirlos á ambos (3).

(1) Beaumont y Fletcher, *Philaster*, acto V, esc. V.

(2) Papel de Kaled en *Lara*, de lord Byron.

(3) ¡Cosa extraña! la princesa no está celosa. «Ven, vive conmigo, vive tan libremente como yo. ¡Maldita la esposa que odiase á quien ama á mi señor y dueño!»

¿Qué idea del amor tienen, pues, en este país? ¿A qué se debe que ante él desaparezca todo egoísmo, toda vanidad, todo rencor, todo sentimiento pequeño, personal ó bajo? ¿Cómo es que el alma se entrega así tan completamente, sin vacilaciones ni reservas, y no piensa ya más que en prosternarse y anonadarse como en presencia de un Dios? Bianca, creyendo arruinado á Cesario, va á ofrecérsele como esposa; y al saber que no es cierto lo que creía, renuncia á él al instante sin una queja. «No me améis más; yo rezaré por vos á fin de que tengáis una mujer bella y virtuosa; y cuando haya muerto, pensad en mí alguna vez con un poco de compasión por mi temeridad... Acepto vuestro beso como un regalo de boda sobre la tumba de una virgen (1). La duquesa de Brachiano, á quien hace traición é insulta su marido, echa sobre sí la culpa del rompimiento y se finge una furia para salvar al duque de la venganza de su familia; y dejándole libre con su amante, se va á morir besando su retrato. Aretusa se deja herir por Filaster; detiene á los que intentan sujetar el brazo del agresor; declara que él no ha hecho nada, que no es él; reza por aquel hombre; le ama, á pesar de todo, hasta el fin, como si todas sus acciones fuesen sagradas, como si tuviese sobre ella derecho de vida y muerte.—Ordelia se ofrece en sacrificio para que pueda tener hijos el rey su consorte (2); se ofrece con sencillez y por entero, sin palabras retumbantes. Cuando se encomia su heroísmo, responde que se limita á cumplir su deber.—

(1) Beaumont y Fletcher, *The fair maid of the Inn*, acto IV, esc. I.

(2) Beaumont y Fletcher, *Thierry and Theodoret*, acto IV, *The Maid's tragedy*, *Philaster*. Véase también el papel de Lucina en *Valentinian*.

«¡Pero ese sacrificio es terrible!—Tanto más noble.—  
¡Está lleno de sombras espantosas!—También el sueño,  
señor, y toda cosa humana y mortal. De otro modo,  
habríamos nacido dioses. Pero todos esos temores, ape-  
nas sienten la llama de los nobles pensamientos, se  
desvanecen como nubes.—¡Suponed que se trata de la  
muerte!—Ya lo he supuesto.—La muerte, y la pér-  
dida eterna de todo lo que amamos: la juventud, la  
fuerza, el placer, las personas, el porvenir, hasta la  
razón. Porque en la tumba silenciosa, ni las conver-  
saciones, ni los alegres pasos de los amigos, ni la voz  
de los amantes, ni los consejos cariñosos de un padre,  
nada se oye ya, nada existe; todo es olvido, polvo,  
obscuridad eterna; y vos, una mujer, ¿os atrevéis á  
desear semejante morada?—Ese es, de todos los sue-  
ños, el más dulce... ¡Insensatos los que le temen ó  
tratan de demorarle hasta que la vejez apaga su  
llama!

¿De modo que podéis ofrecerlos?—De tan buen gra-  
do como lo digo.—¡Martell, un milagro! ¡una mujer  
que se atreve á morir! Pero decidme: ¿estáis casada?—  
Lo estoy, señor.—¿Y tenéis hijos?... Suspira y llora.—  
¡Oh! ¡no, señor!—¿Y por un vano elogio, que no oiréis  
nunca, os atrevéis á renunciar á esas dulces esperan-  
zas?—A todo, excepto al cielo.» ¿No es una enor-  
midad? ¿Se comprende que un ser humano se olvi-  
de de sí hasta ese punto para fundirse y disiparse  
en otro? Ellas desaparecen en otro como un abismo.  
Cuando aman en vano y sin esperanza, ni su razón  
ni su vida lo resisten; languidecen, se vuelven locas,  
y mueren como Ofelia. Aspasia, abandonada, camina  
sombria, con los húmedos ojos fijos en el suelo (1). No

(1) *The Maid's tragedy*, acto I.

se encuentra á gusto más que en los bosques solita-  
rios; y cuando ve una orilla cuajada de flores, dice  
suspirando á sus doncellas: «¡Qué hermoso sitio para  
enterrar amantes!» Y las manda que cojan flores y  
que la cubran de ellas como una muerta. Por todas  
partes lleva consigo un dolor contagioso, que se pro-  
paga á cuantos se la acercan. Canta las cosas más tris-  
tes que han podido escuchar humanos oídos, suspira  
y torna á cantar. Y cuando las otras jóvenes, con el  
loco alborozo de su sangre juvenil, se entretienen en  
contar alegres cuentos que llenan la habitación de ri-  
sas, ella, con mirada triste, cuenta la muerte silen-  
ciosa de alguna joven abandonada, y la cuenta en tér-  
minos tan conmovedores que, antes de concluir, las  
despide á todas, una á una, con las lágrimas en los  
ojos.» Como un espectro en torno de una tumba, vaga  
incesantemente en torno de las ruinas de su amor, lan-  
guidece, palidece, se consume, hasta que al fin aca-  
ba.—Más tristes son aún las que, por deber y sumi-  
sión, se casan con otro. No se resignan, no se rehacen,  
como la Paulina de *Polinto*. Son almas destrozadas.  
Pentea es tan honrada como Paulina, pero no tan  
fuerte: es la esposa inglesa, pero no la esposa romana,  
estoica y tranquila (1). Se desespera en silencio, dul-  
cemente, y se deja morir. En el fondo del corazón, se  
juzga unida con el hombre á quien ha entregado su  
alma: el matrimonio del corazón es el único verdadero

(1) «Antes de abandonar mi alma á mis dolores, necesito  
probar la fuerza de mis lágrimas; en calidad de hija ó de mu-  
jer, espero que venganzan á un esposo ó dobleguen á un padre;  
si no tienen poder sobre el uno ni sobre el otro, no pediré con-  
sejo más que á mi desesperación. Pero dime lo que han hecho  
en el templo.»

Imposible encontrar una mujer más razonable ni más razo-  
nadora. Lo mismo Eliante y Enriqueta, en Molière.